

de Maquiavelo. Al parecer el pensador ensañó a un grupo de hombres mal vestidos que, tras una pregunta suya se identificaron como santos y beatos que se dirigían al paraíso. A continuación se encontró con otro grupo ocupado en conversar sobre política, entre sus miembros reconoció a grandes pensadores e historiadores de la Antigüedad (Platón, Plutarco, Tácito); su aspecto era solemne y, tras preguntarles, le respondieron que se dirigían *al infierno*. Ya despierto, Niccolò Maquiavelli confesó a sus amigos que prefería antes que aburrirse en el paraíso disfrutar de la eternidad conversando con el grupo de condenados al infierno.

También poco antes de morir Jorge Luis Borges dijo, quizás con mayor lucidez, que esperaba feliz la muerte porque tenía *fe* en la mortalidad. Pensaba el fin de su *historia*.

¿Cómo recordará la Historia con mayúscula a los *príncipes* de nuestro tiempo? ¿Es el retiro, empresarial, académico, o empresario-académico, ese que al parecer aguarda a los gobernantes, el lugar, el *tiempo* donde cultivarán éstos las «*praemium virtutis*» por las que quieran merecer ser recordados? ¿Es tan vasto el poder de lo efímero que estos «grandes hombres» (los políticos) saben que no cabe más estímulo que la renovación apresurada de su legitimidad democrática?

Posiblemente, habría que distinguir por nombres y por latitudes, pero no otorgando (a los «príncipes») la lucidez borgeana en confiar solamente en el descanso por extinción, esto es, en la mortalidad, y ni siquiera suponiéndoles la más ordinaria preocupación por su inmortalidad, en tanto que forma de ser recordados, alberguemos al menos la esperanza de que puedan ser olvidados fácilmente.

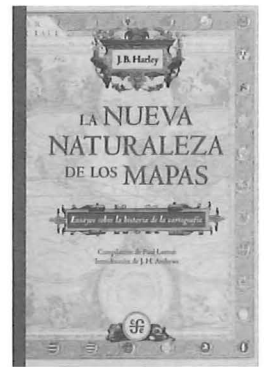
¿Conversarán en el infierno? ¡Ya puestos, mejor aquí! Desde que la globalización acerca el mundo nunca el infierno quedó tan cerca.

J. G. Cívico es abogado, Doctor en Filosofía del Derecho Moral y Política.

## Brian Harley: el mapa como metáfora

Anaclet Pons

«... En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas». (Jorge Luis Borges, *El hacedor*).



Brian Harley  
La nueva naturaleza de los mapas,  
México, FCE, 2005, 400 págs.

Quizá no haya mejores metáforas que las de Borges y, si convenimos en ello, las referidas a la cartografía no iban a ser una excepción. El mapa, relata el narrador argentino, no es el territorio y, más aún, toda pretensión de hacerlos coincidir resulta vana e inútil. Por eso la desmesurada tarea de perseguir la mimesis ideal produce insatisfacción. Así lo entendieron las generaciones siguientes al preguntarse, con el apócrifo Suárez Miranda, por el rigor en la ciencia. Sin embargo, no todos estarán de acuerdo con el efecto propuesto.

De hecho, la perspectiva tradicional ha entendido que un mapa es sólo una imagen gráfica que representa cierto aspecto del mundo exterior. Para realizar este cometido —se

nos dice—, los cartógrafos cuentan con su pericia, su arte, con unas técnicas topográficas definidas y con un código repleto de signos convencionales. Con tales premisas, la práctica es percibida comúnmente como una disciplina que, a través de la precisión, aspira a ofrecer una ventana transparente al mundo, un espejo a escala de la realidad externa. Su funcionamiento remite, pues, al del progreso acumulativo propio de una ciencia objetiva que siempre produce y producirá mejores representaciones ①.

No obstante, esta definición se ha ido erosionando desde los años setenta, entregada a las inclemencias procedentes de la geografía crítica (o cultural o interpretativa o posmoderna: elijan el calificativo). Los trabajos que siguen esta nueva perspectiva entienden, por el contrario, que un mapa es más bien un instrumento que permite al ser humano dar sentido a su universo utilizando diversas escalas, una suerte de mediación entre el mundo mental interno y el mundo físico externo. El mapa, pues, facilita la comprensión espacial de cosas, conceptos, procesos e incluso acontecimientos. De ese modo, se ensancha notablemente su significado al contener manifestaciones muy diversas. Pues bien, esta reconsideración de los usos y el sentido de la cartografía histórica se debe en buena medida a uno de los estudiosos más singulares de las últimas décadas, Brian Harley, de quien se acaba de traducir el libro *La nueva naturaleza de los mapas* (México, FCE, 2005) ②.

El volumen que nos ocupa recopila un total de siete ensayos cuya cronología abarca entre 1988 y 1991, es decir, un lapso temporal que se corresponde con lo que se sus lectores han denominado el último Harley, el de los años ochenta. Se trata, además, del único volumen que publicó, y hemos de añadir su condición de póstumo, pues falleció en 1991 ③. Ciertamente es, por otra parte, que lo que hoy podemos leer se atiene con fidelidad a su deseo, pues acarició durante años la idea de componer un libro de estas características e incluso había decidido disponer su contenido alrededor de esos mismos textos que aho-

ra nosotros disfrutamos. Por desgracia, ese proyecto quedó inacabado y hubieron de pasar diez años para que el editor Paul Laxton consiguiera llevarlo adelante ④. El interés de Brian Harley era perfectamente comprensible. Por un lado, tenía la lógica voluntad de publicar un libro en el que poder exponer mejor y de forma extensa sus ideas. Algo que estaba en relación, por otra parte, con el cambio que había dado a sus investigaciones. Tras años dedicados al estudio de la cartografía inglesa, su traslado a la Universidad de Wisconsin-Milwaukee a mediados de los ochenta había coincidido con una mayor dedicación a las cuestiones epistemológicas. La obra surgía en su mente, pues, como el compendio de esa última trayectoria.

A lo largo de esos ensayos, Brian Harley defiende un cambio epistemológico, una reconsideración del mapa, que ahora es entendido como una construcción social del mundo, una reescritura en términos de prácticas culturales y de relaciones poder. Es decir, los mapas serían más un texto que una imagen. Por la misma razón, la cartografía es definida como un discurso con sus propias reglas de representación que toman forma en imágenes que definimos como mapas y atlas. Así pues, lo que necesitamos analizar es la forma cómo funciona ese lenguaje gráfico. Harley se sirve para ello de los trabajos de Jacques Derrida y propone reconocer las cualidades narrativas y, por tanto, retóricas de la representación cartográfica. Estaríamos hablando de textos persuasivos que encierran un mensaje sobre el mundo, que invocan a una autoridad determinada y que apelan a sus lectores a través de signos, símbolos, colores, decoración, dedicatorias, leyendas, tipografía, etcétera. No se trata, en todo caso, de privilegiar el aspecto retórico sobre el científico, sino de diluir la diferencia que algunos pretenden establecer entre ambos campos.

Más aún: dado que nos las vemos con un lenguaje que tiene sus propios códigos, la tarea que Harley se fija es decodificarlo, romper el vínculo entre realidad y representación que ha dominado durante siglos la car-

④ Podría decirse que hubo un intento anterior; sin seguir los dictados de Harley pero aproximándose a ellos: Baily, A. y Gould, P. (eds.), *Le pouvoir des cartes. Brian Harley et la cartographie*, París, Anthropos, 1995.

① Muestras de esta perspectiva las hay en abundancia. Véanse, por ejemplo: Crone, G.R., *Historia de los mapas*, Madrid, FCE, 2000 o, en menor medida, Throver, N.J.V., *Mapas y civilización*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2002.

② *The New Nature of Maps. Essays in the History of Cartography*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001. De todos modos, su definición de lo que es un mapa queda más resumida en el texto que incluyó en lo que fue su mayor proyecto vital, una monumental historia de la cartografía en varios volúmenes, obra aún hoy inconclusa: «The map and the Development of the History of Cartography», en J. B. Harley, y D. Woodward, (eds.), *The History of Cartography: I. Cartography in Prehistoric, Ancient and Medieval Europe and the Mediterranean*, Chicago, Chicago University Press, 1987, especialmente las páginas 1-4. También en la página XVI del prólogo que firman ambos editores.

③ Sobre Harley, su vida y su obra, véase el texto de Pau Alegrè: «Secrets i silencis: Brian Harley i la cartografia», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, núm. 45 (1997), págs. 237-245. En realidad, es la presentación a la traducción de un ensayo de Harley que se incluye en ese mismo número: «El mapa com a biografia: reflexions entorn del full "Newton Abbot, Devonshire CIX, SE" del mapa a sis polzades de l'Ordnance Survey», págs. 247-253.

tografía y plantear, por contra, una búsqueda de las fuerzas sociales que la han estructurado históricamente. En este punto, Harley abandona a Derrida y retoma las lecciones de Michael Foucault en dos direcciones: sus ideas sobre la microfísica del poder y el concepto de regla. En este segundo sentido, Harley muestra los dos tipos de reglas que han sustentado la cartografía occidental. En primer lugar, tenemos las que rigen la producción científica de los mapas. Se trata de normas que aplican estrategias similares a las de la ciencia, que pretenden producir un modelo correcto y fiel del espacio, para lo cual se sirven de instrumentos de medición cada vez más precisos, de clasificaciones complejas y de un saber profesional que se materializa en la institucionalización de su práctica y en la difusión de una literatura profesional. En segundo término, estarían las reglas que gobiernan la producción cultural de los mapas. Éstas están imbuidas de valores y remiten al orden social dominante, de tal modo que las reglas sociales y las técnicas se refuerzan entre sí, razón por la cual sus resultados suelen ser convincentes, persuasivos.

Interpretar, pues, este orden social se convierte en una exigencia de primer orden. Por ello, Harley propone descifrar las fuerzas que dialogan con el texto, los contextos de los mapas: el del cartógrafo, el de los mapas y el social. Los dos primeros exigirían emprender una suerte de cartografía comparada, mientras que el último aludiría a las condiciones que hacen que un mapa sea un documento social y cultural. De nuevo es Foucault el referente empleado, aunque ello no excluya la alusión a otros teóricos, como Raymond Williams o Erving Panofsky, por ejemplo. En cualquier caso, lo que nos propone es desentrañar el orden social desde dos perspectivas distintas. La primera, de raíz foucaultiana, consistiría en identificar sus reglas. Las del cartógrafo serían visibles, pero no lo serían tanto las sociales, que permanecerían por lo general escondidas. La interpretación ha de buscar, pues, los silencios, los conflictos que materializa. El ejemplo del colonia-

lismo, nos dice, es bien significativo. De hecho, las cartografías no sólo han sido armas coloniales o imperiales, sino que han precedido al propio imperialismo. Los topógrafos que acompañaban a los soldados reconocían ciertamente el terreno, pero sus planos serían usados posteriormente para pacificar, civilizar, legitimar y explotar. Ahora bien, tampoco es necesario recurrir a ejemplos de este tipo, pues los propios Estados europeos los usaron con profusión en el continente. Los mapas militares, pongamos por caso, facilitaban la guerra al tiempo que aminoraban el sentido de culpa, pues, como señala Harley, «las líneas silenciosas del paisaje de papel fomentan la idea de un espacio socialmente vacío». Algo similar se puede decir de los mapas catastrales, instrumentos privilegiados para disciplinar el espacio: controlar a la población campesina, reforzar los títulos de propiedad, aumentar la extracción de la renta o una explotación de forma más eficiente la tierra.

La segunda perspectiva, en cambio, recurre a los análisis de Panofsky, aplicando la iconografía propia de la historia del arte. En realidad, se trata de preguntarse de qué forma se plasmaron las reglas sociales en el lenguaje cartográfico y la respuesta se hallaría al realizar tres ejercicios interpretativos complementarios. El primero afectaría a signos, símbolos y emblemas decorativos; el segundo, a la identidad del lugar representado; el tercero, al estrato simbólico. Con esa triple interpretación aceptaríamos que el mapa no es sino una metáfora visual de los valores más importantes de los lugares representados. Para entender esa metáfora es necesario, sin embargo, ir más allá de lo evidente y reparar en las estructuras ocultas de un mapa. Por un lado, lo que Harley denomina la geometría subliminal. Es lo que ocurre, por ejemplo, al distorsionar el globo terráqueo de modo que un continente quede en el centro, un diseño que magnifica el impacto político de la imagen percibida y que puede dar a entender que un determinado territorio ha sido escogido para ser el centro de ese universo. Por otra parte, los silencios, las omisiones, como los espacios en blanco que los

Europeos dibujaron dando a entender su derecho a la conquista y a la apropiación. Finalmente, la jerarquía de la representación, el orden visual de los signos, que tiende a legitimar lo establecido y que, por lo general, constituye un vocabulario socialmente conservador. De hecho, a diferencia de la literatura, del arte, la música o del pensamiento en general, los mapas no compiten con otras representaciones gráficas alternativas o clandestinas. Es decir, no existe una cartografía popular, alternativa o subversiva. Y ello porque un mapa forma parte de un lenguaje de poder, no de protesta.

Se llega así a lo que podríamos entender como la conclusión de esta empresa posmoderna: entender cómo funcionan socialmente los mapas, aceptando con Foucault que se trata de un tipo de saber y de poder. La cartografía, nos dice Harley, muestra ese poder de dos formas. Por un lado, externamente, en sus relaciones con el poder político. Es decir, el poder se ejerce sobre y con la cartografía, de modo que el mapa es una especie de territorio jurídico que facilita el control. Por otra parte, posee un poder interno relativo a los efectos políticos de lo que un cartógrafo hace cuando traza un mapa. En realidad, no hace sino producir poder e insertarlo en ese texto, creando una suerte de panóptico espacial. La clave de ello es, pues, el proceso cartográfico, donde conocimiento y poder se entrelazan sin posibilidad de separación. En ese proceso se dirime aquello sobre lo que se informa, se eligen unas normas para abstraer el terreno, se jerarquizan los elementos que aparecen, se escogen los estilos pictóricos que lo representan, etcétera. Es decir, clasifican el mundo bajo una determinada perspectiva y se apropian de él, lo controlan, lo disciplinan y lo normalizan. De esa forma se resuelve el poder del cartógrafo, que no se ejerce directamente sobre los individuos, sino sobre el conocimiento del mundo, un conocimiento local que es a la vez universal.

Estas son, de forma resumida, las ideas de Harley. Se comprenderá así que sus seguidores le idolatren, que lo consideren un gigante o le atribuyan la paternidad exclusiva

de la denominada geografía crítica. Se entenderán también las críticas, presentes incluso dentro del volumen que nos ocupa con el artículo introductorio escrito por su colega John H. Andrews. En todo caso, su influencia está fuera de duda, como lo está también el que descosiera las costuras de la disciplina, y ello a pesar de que podamos acusarle de ecléctico, de iconoclasta o de haber importado de forma descontrolada conceptos y categorías que hasta no hace mucho eran totalmente extraños en muchas áreas de la geografía.

Para concluir, para no extenderme en aspectos que he tratado en otro lugar <sup>5</sup>, quisiera señalar las implicaciones éticas de esta obra, algo que está presente en el ensayo que la cierra. Si la naturaleza de los mapas no es positivista, entonces hemos de aceptar que la suya es una manifestación moral que despliega un conjunto de ideas y de valores con respecto al mundo. Por ello, hemos de lamentar la escasa o nula discusión ética, la nula autocrítica más bien, en la literatura profesional cartográfica. Insensibles a las consecuencias de lo que significa esta práctica académica, olvidamos que nuestra comprensión del mundo, de los cambios y los conflictos pasados y presentes está atravesada por multitud de mapas. Pensemos con Harley, por ejemplo, en la tragedia del pueblo palestino y reparemos en cómo los mapas se han convertido en un instrumento de poder y dominación. Los tomamos como evidentes cuando sencillamente no lo son.

Terminaré acopiándome de nuevo con Borges y reproduciendo un fragmento de su conversación con el locutor Antonio Carrizo: «(Royce) imagina que sobre el territorio de Inglaterra, en un lugar del territorio de Inglaterra, destinan, digamos, una manzana a un mapa. Ese mapa, mapa imposible desde luego, registra todos los lugares de Inglaterra. Pero tiene que registrar esa manzana en que está el mapa. Y luego, en ese mapa tiene que estar a su vez el mapa... es decir, es un mapa infinito. Que va profundizándose. Es una linda invención...».

<sup>5</sup> Para una evaluación más sosegada de la obra de Harley, su significado y recepción, véase mi texto «El món a escala: poder i retòrica dels mapes», *El Contemporani*, núm. 33 (2006).